

## Mamá

Sólo me queda un retrato de mi madre. Se trata de una fotografía de 10 × 18, en blanco y negro, y con dobleces en algunas partes. En ella, está sentada, ligeramente echada hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, cargando en los brazos el peso de la espalda. Sé muy poco de su vida en la época en que se tomó; la única información que poseo está escrita con rotulador naranja en el dorso. Dice: *Yo delante de Mike's en la Calle Sexta, 1971*. Según mis cálculos, tenía 17 años cuando se la hicieron, uno más que yo ahora. Sé que la Calle Sexta está en Greenwich Village, pero desconozco quién es Mike.

La foto revela que era una adolescente de expresión adusta. Tiene los labios apretados en actitud pensativa, ofreciendo un gesto serio a la cámara. El pelo le cae en preciosos mechones de rizados negros y ondulados, enmarcándole la cara. Y los ojos, lo que más me gusta de ella, brillan como dos oscuras bolitas, con sus movimientos congelados en el tiempo para siempre.

He estudiado cada uno de sus rasgos, me los he aprendido de memoria para cuando me planto ante el espejo, donde

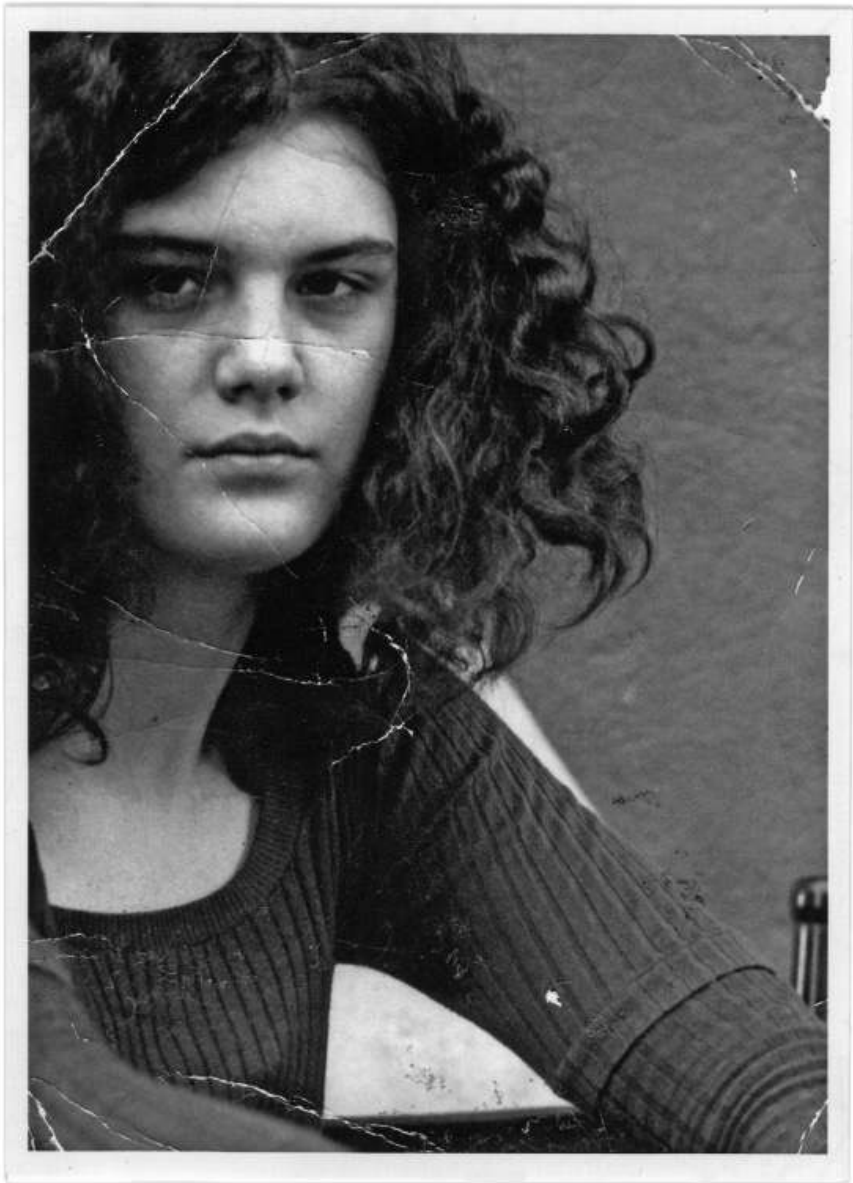
me suelto mi propio cabello ondulado. Allí delante, busco parecidos mientras recorro con la punta del dedo las facciones de mi rostro, empezando por nuestros ojos. Ambos pares son pequeños y de forma redondeada, sólo que en lugar de los marrones de mi madre, yo tengo los brillantes verde-ámbar de mi abuela. A continuación, comparo el contorno de nuestros labios: finos, curvados e idénticos en todos los sentidos. Si bien tenemos en común algunos rasgos, sé que no soy tan guapa como ella lo era a mi edad.

Durante los años en que carecí de un lugar donde vivir, tras la puerta cerrada del cuarto de baño de las casas de diferentes amigos, he practicado a escondidas este juego ante el espejo a altas horas de la noche. Arropados por sus padres, mis amigos duermen mientras a mí me vienen a la cabeza imágenes de los gráciles movimientos de mi madre. Paso esas horas frente al espejo de sus cuartos de baño, con las palmas apoyadas en el borde del lavabo, enfriándome los pies descalzos en el suelo.

Me quedo allí fantaseando hasta que los primeros indicios del amanecer se filtran por los escarchados cristales del baño y los pájaros anuncian su presencia con los gorjeos matutinos. Si estoy en casa de Jamie, ése es el momento en que me acuesto en el sofá antes de que su madre se levante y vaya al baño. Si estoy en la de Bobby, el ruido del triturador del camión de la basura me avisa de que ya es hora de volver a hurtadillas a mi cama plegable.

Cuando la casa empieza a despertar, me dirijo, sin hacer ruido, a mi rincón. Nunca me acomodo demasiado en los alojamientos, porque ignoro si dormiré en el mismo lugar al día siguiente.

Tumbada boca arriba me paso los dedos por la cara en la oscuridad, y pienso en mi madre. En los últimos tiempos el paralelismo de nuestras vidas se me ha hecho más evidente. Ella tampoco tenía donde vivir a los 16 años. Mamá también dejó el colegio. Al igual que yo, mamá decidía a diario entre callejón o parque, metro o azotea. El Bronx, para mamá, suponía también vagar por calles peligrosas, por barrios con farolas plagadas de carteles de retratos robot y sirenas que no paraban de sonar durante toda la noche.



«Yo delante de Mike's en la Calle Sexta, 1971». (Foto de mi madre).

Me pregunto si, como yo, mamá pasaba muchos días con miedo a lo que le sucedería. Yo no dejo de tener miedo últimamente. Me preguntó dónde dormiré mañana: ¿en la casa de otro amigo?, ¿en el tren?, ¿o en el rellano de alguna escalera?

Al deslizar las yemas de los dedos desde la frente hasta los labios, anhelo volver a sentir el cálido abrazo de mi madre. Ese pensamiento hace que se me llenen los ojos de lágrimas. Me pongo de lado, me enjugo las lágrimas y me tapo con la manta prestada.

Procuro quitarme de la cabeza la sensación de que la necesito, de expulsarla más allá de estas paredes llenas de retratos de la familia de Bobby; más allá de los latinos borrachos que hay fuera de ellas, jugando ruidosamente al dominó, sentados sobre cajones de leche en Fordham Road; lejos de las parpadeantes luces anaranjadas de las *bodegas* y por encima de los tejados de este barrio del Bronx. Me obligo a dejar de pensar hasta que los detalles de su rostro se desdibujan. Tengo que dejarlos de lado si quiero dormir un poco. Necesito dormir; dentro de pocas horas volveré a estar en la calle, sin tener adónde ir.

# 1

## University Avenue

La primera vez que mi padre supo de mí fue detrás de un panel de cristal durante una visita a la cárcel, en la que mamá, con los ojos llorosos, se levantó la camisa y mostró su prominente barriga para un mayor énfasis. Llevaba en la cadera a mi hermana, Lisa, que por entonces tendría poco más de 1 año.

Al recordar esa época de su vida, mi madre explicaría después:

—Las cosas tendrían que haber sido de otra manera, cielo. Papá y yo no pretendíamos que salieran así.

A pesar de que vivía por su cuenta y tenía problemas con las drogas desde los 13 años, mamá insistió:

—Papá y yo íbamos a cambiar. En algún momento, íbamos a ser como los demás. Papá conseguiría un trabajo de verdad. Yo iba a ser taquígrafa. Tenía aspiraciones.

Mamá consumía coca, que se chutaba disuelta en las venas; el polvo blanco se desplazaba por su cuerpo como un relámpago, encendiéndola, proporcionándole la *sensación*, por breve que fuera, de algo que avanza hacia delante, un día sí y otro también.

«Un viaje», lo llamaba ella.

Empezó a consumir siendo una adolescente; en su propio hogar había conocido la ira, la violencia y los malos tratos.

—La abuela estaba como una cabra, Lizzy. Papá volvía borracho a casa y nos zurraba de lo lindo con cualquier cosa: alargaderas, palos, lo que fuera. Ella se iba a limpiar la cocina, canturreando, como si no pasara nada. Cinco minutos después se hacía la puñetera Mary Poppins cuando estábamos ya hechos polvo completamente.

La mayor de cuatro hijos, mamá hablaba con frecuencia de la culpa que albergaba por apartarse de los malos tratos —y de sus hermanos—. Se marchó de casa para vivir en las calles cuando sólo tenía 13 años.

—No podía seguir en aquella casa, ni siquiera por Lori y Johnny. Al menos se apiadaron de Jimmy y le sacaron de allí. ¡Joder!, no me quedó más remedio que largarme. Era *mejor*, y *más seguro*, vivir bajo un puente.

Yo tenía que saber lo que mamá hacía bajo los puentes.

—Bueno, no sé, cielo, mis amigos y yo pasábamos el rato y hablábamos de la vida, de nuestros desastrosos padres, de que nos iba mejor... Hablábamos... y supongo que nos colocábamos, y después de eso ya nos daba igual dónde estuviéramos.

Mamá se inició en las drogas fumando hierba y esnifando pegamento. Durante sus años de adolescencia, en que se alojaba en sofás de amigos y se ganaba la vida ejerciendo la prostitución juvenil y con trabajos ocasionales como la mensajería en bicicleta, pasó a las anfetaminas y la heroína.

—El Village era un lugar desenfrenado, Lizzy. Me ponía unas botas altas de piel. Y no me importaba estar más flaca que yo que sé; llevaba unos *shorts* cortísimos y una capa a la espalda. En serio, una capa. Yo también era guay. *Passa, tío*. Hablábamos en el argot de la calle. Tendrías que haberme visto, corazón.

Para cuando mamá conoció a mi padre, la coca se había convertido en la tónica general de los setenta, junto con los pantalones ajustados de tiro bajo, las patillas largas y tupidas y la música disco. Mamá decía de mi padre cuando empezaron a salir que era «moreno, guapo y más listo que el hambre».

—Hacía cosas, ¿sabes? La mayoría de los chicos con los que me relacionaba no se enteraban de nada, pero tu padre tenía algo. Supongo que podría decirse que era *avisgado*.

Papá venía de una familia de clase media irlandesa y católica de las afueras. Su padre era capitán de barco mercante y un alcohólico violento. Su madre era una mujer obstinada y trabajadora que no estaba dispuesta a aguantar lo que ella llamaba las «estupideces» de los hombres.

—Lo único que debes saber de tu abuelo, Lizzy, es que era un borracho desagradable y agresivo que disfrutaba maltratando a la gente —me dijo mi padre en una ocasión— y tu abuela no lo soportaba. En aquella época el divorcio estaba mal visto, pero a ella eso le dio igual y se lo consiguió. Por desgracia para papá, cuando el matrimonio de sus padres terminó, su padre le abandonó, y no volvió nunca.

»Menuda pieza era, Lizzy. Quizá fue mejor que se marchara; las cosas no eran fáciles y con él todo habría sido aún más complicado.

La gente que conoció a mi padre de niño le describe como un muchacho solitario y un «alma herida» que nunca pareció superar el abandono de su padre ni su condición de «hijo de madre trabajadora». Ella se buscó un exigente empleo de jornada completa para poder llegar a fin de mes y trabajaba muchas horas mientras papá estaba casi todo el tiempo solo, buscando una válvula de escape, algo o alguien con quien conectar. Pasaba casi todas las tardes solo o en casa de amigos, donde se convirtió en parte de la familia de las otras personas. En casa la abuela y él fueron distanciándose, y la relación entre ellos se volvió seria y silenciosa.

»Tu abuela no era muy habladora —me dijo él un día—, «lo cual era muy propio de su parte católico irlandesa. En nuestra familia, si dices la palabra “siento” más vale que vaya seguida de “hambre” o “frío”, porque entre nosotros nunca se hablaba de intimidades, y así eran las cosas.

Pero la abuela compensaba esa falta de afecto con una dedicación incansable a asegurar el futuro de su hijo. Decidida a no dejar que papá sufriera por la ausencia de su padre, la

abuela se propuso darle la mejor educación que pudiera. Tenía dos empleos de contabilidad con el fin de llevar a su único hijo a los mejores colegios católicos de Long Island. En Chaminade, un centro con fama de riguroso y selecto, papá compartía clases y vida social con una gente tan adinerada que él ni siquiera sabía de su existencia. A la mayoría de sus compañeros les regalaban un coche cuando cumplían 16 años, mientras que papá tenía que coger dos autobuses para ir a clase, y su madre rezaba para que no le pasaran por el banco el recibo mensual de las tasas escolares antes de que ella cobrara su sueldo.

Lo irónico fue que ese entorno de colegio privado de clase alta, que debía ayudar a mi padre a conseguir el éxito en la vida, en realidad lo que hizo fue originarle un conflicto consigo mismo: en ese ambiente se convirtió en una persona instruida y, también, en un drogodependiente.

En los últimos años de su adolescencia, mi padre leyó a los grandes clásicos estadounidenses; pasó las vacaciones en las residencias veraniegas de sus compañeros, haciendo caso omiso de las incesantes llamadas telefónicas de su madre; y como pasatiempo, tomaba anfetaminas bajo las gradas del campo de fútbol del instituto.

Aunque siempre había tenido facilidad para aprender y asimiló la mayor parte de su rigurosa educación, las drogas le impedían concentrarse en el instituto adecuadamente, así que descuidaba los deberes y se dormía en clase. Cuando estaba en el último curso, mi padre solicitó el ingreso en una facultad situada en el corazón de la ciudad de Nueva York, y le admitieron. Sacó el título de bachiller por los pelos. Manhattan iba a ser su verdadero comienzo en la vida; la universidad, su trampolín. Pero enseguida se vio inmerso en un ambiente parecido al instituto, sólo que ahora él era mayor y no se encontraba en las afueras de Baldwin, Nueva York, sino en el centro de todo. En el plazo de unos años, mi padre dedicó sus aptitudes a pasar drogas más que a sus estudios universitarios. Poco a poco, ascendió hasta los niveles más altos de una pequeña camarilla de camellos. Como era el miembro más formado del grupo, le



apodaron «el profesor», y todos le pedían consejo. Él era el que trazaba siempre los planes.

Mi padre dejó la facultad al terminar segundo curso de psicología. En ese tiempo adquirió también cierta experiencia en trabajo social, y ganaba poco más del salario mínimo. Pero el coste de mantener dos vidas muy separadas —el intento legítimo de llevar una «vida honrada» frente a la «gran vida»— requería un esfuerzo demasiado grande. Las lucrativas ganancias de las drogas tenían una irresistible fuerza de atracción; sencillamente pesaban más de lo que una vida corriente parecía ofrecer. Así que alquiló un piso en el barrio del East Village y se dedicó en exclusiva al negocio de la droga, rodeado de extraños tipos del bajo Manhattan que pertenecían a bandas delincuentes y tenían antecedentes penales: su «pandilla». Y sucedió que mamá andaba por la misma zona, en esa misma época, entre aquella gente tan poco convencional.

Unos años después, coincidieron en el ático de un amigo común. Allí las anfetaminas y la coca se repartían con la misma naturalidad que los refrescos, y la gente se pasó la noche bailando entre el suave resplandor de las lámparas de lava y el aire perfumado de incienso. Se conocían de antes, de las ocasiones en que mi padre había vendido anfetetas o heroína a mi madre. Si se tiene en cuenta que mamá venía de la calle, sus primeras impresiones de papá fueron como el encuentro con una estrella de cine.

—Tendrías que haber visto la habilidad que tenía tu padre para hacer contactos —me decía ella—. Él cortaba el bacalao, inspiraba respeto.

Cuando se enrollaron, mi madre tenía 22 años y mi padre 34. Mamá vestía ropa de los años setenta, con camisas de flores infantiles y *shorts* minúsculos que apenas se le veían. Papá decía de ella que tenía un aspecto radiante, con aquel aire rebelde y el pelo negro largo y ondulado, y unos penetrantes ojos de color ámbar, y que fue verla y se prendó de su inocencia, pero también de su dureza y vehemencia.

—Era imprevisible —afirmaba—. Imposible saber si estabas ante una calculadora o una completa ingenua. Era como si pudiera ser cualquiera de las dos cosas.

Conectaron inmediatamente y, en muchos sentidos, se convirtieron en una pareja más; eran apasionados y deseaban estar juntos. Pero en lugar de darles por ir al cine o a restaurantes, lo que tenían en común era que ambos se chutaban. Se acostumbraron a colocarse para buscar intimidad. Poco a poco, mis padres se alejaron de sus pandillas para estar solos, y daban largos paseos por las calles de Manhattan, agarrados de la mano, confortándose mutuamente. Llevaban pequeñas bolsitas de cocaína y botellas de cerveza hasta Central Park, donde se encaramaban a algún montículo para tumbarse a la luz de la luna y colocarse, uno en brazos del otro.

Si había alguna diferencia en el posible futuro que aguardaba a mis padres antes de conocerse, pronto sus caminos empezaron a discurrir totalmente paralelos. El prematuro comienzo de nuestra familia los equiparó cuando se fueron a vivir juntos a principios de 1977. Lisa, mi hermana mayor, nació en febrero de 1978; cuando mamá tenía 23 años.

Cuando Lisa era pequeña, mis padres pusieron en marcha uno de los chanchullos más lucrativos de mi padre. El tinglado consistía en simular la existencia de una consulta médica con el propósito de legitimar la compra de analgésicos de prescripción, que según papá eran lo «bastante fuertes como para dejar sin sentido a un caballo». Por lo general, estaban reservados para pacientes de cáncer desahuciados, y cada una de esas diminutas píldoras tenía en la calle un valor de quince dólares. Sólo entre su clientela estudiantil, mi padre, sirviéndose de recetas falsas, distribuía cientos de esas pastillas a la semana, con las que mis padres sacaban miles de dólares todos los meses.

Mi padre sudaba la gota gorda para evitar que le pillaran. La paciencia y la atención a los detalles les librarían de la cárcel, repetía constantemente.

—Hay que hacerlo *bien* —decía.

Él echaba mano de la guía telefónica y de los planos de los cinco municipios de la ciudad de Nueva York para establecer un meticuloso programa de las farmacias que visitarían sistemáticamente, cada semana. Sin lugar a dudas, la parte más

arriesgada del chanchullo era entrar en la farmacia a recoger el producto con la receta, tarea que se hacía aún más peligrosa debido a que el farmacéutico tenía la obligación de telefonar a los médicos y verificar todas las «prescripciones» de analgésicos tan fuertes como aquéllos.

Ideó una manera de interceptar las llamadas de los farmacéuticos. En aquella época la compañía telefónica no verificaba las credenciales de los médicos, así que mi padre daba de alta y de baja nuevos números de teléfono con nombres que él se sacaba de la manga, o a veces se inspiraba en antiguos profesores: doctor Newman, doctor Cohen y doctor Glasser. Y, en efecto, los farmacéuticos se ponían en contacto con un médico al otro extremo de la línea telefónica; incluso una secretaria pasaba la llamada. Pero en realidad se trataba de mis padres trabajando en equipo. Trabajaban muchas horas, haciendo uso de habitaciones que alquilaban por semanas en pensiones de mala muerte por toda la ciudad de Nueva York, mientras unos amigos cuidaban de Lisa, que, por aquel entonces, sólo tenía unos meses.

Las recetas las preparaba mi padre con la ayuda de su pandilla. A los amigos de una imprenta les daba una parte de las ganancias a cambio de un suministro continuo de sellos de caucho con los nombres de los médicos falsos y otro de talonarios de recetas médicas de apariencia legal. Con la ayuda de sus contactos, y por veinticinco dólares el talonario, mi padre convertía en oro aquellas recetas en blanco, una máquina de hacer dinero sello a sello. Según mi padre, su plan no tenía «fisuras», y habría seguido funcionando de no ser por una metedura de pata de mamá. Sin embargo, sí se hizo responsable de al menos la mitad del error.

—Nunca deberíamos haber consumido del género que suministrábamos, eso fue de novatos. Engancharte a tu propia mercancía te nubla la cabeza, te desquicia.

Pero no había forma de saber si fue la adicción de mamá lo que la desesperó hasta el punto de hacer caso omiso de la obvia bandera roja, o si simplemente se trató de su típica impaciencia. Mi padre se había encargado de poner sobre aviso a mi madre de las muestras que daba un farmacéutico cuando sospe-

chaba de ti: desde luego, si dejabas una receta de analgésicos muy sospechosos en una farmacia un día antes de lo debido, sólo podía haber una razón por la que un farmacéutico te pedía que esperases veinte minutos más cuando llegabas: estaba llamando a la policía, y tú debías largarte de allí lo antes posible. Papá le advirtió de esa situación, se la explicó claramente.

Pero sobre el día de su detención, mi madre, conocida por ser perseverante y no renunciar nunca a aquello que deseaba, explicaría después:

—No podía dejar de volver, *Lizzy*. Existía la probabilidad de que me diera las pastillas, ¿entiendes? Tenía que intentarlo. —Le puso las esposas a plena luz del día y la condujo sin miramientos hasta un coche policial cercano un agente que había respondido a la llamada esperando (acertadamente) capturar a los delincuentes responsables de actuar en incontables farmacias de los cinco municipios. Mi madre ignoraba que estuviera embarazada de mí.

Los federales llevaban un año reuniendo pruebas documentales y una serie de grabaciones de las cámaras de seguridad que innegablemente vinculaban a mis padres con casi todas las farmacias afectadas. Por si eso fuera poco, cuando los federales derribaron la puerta a patadas para detener a mi padre, encontraron bolsas de cocaína y docenas de pastillas desparramadas por la mesa de su casa del East Village, además de artículos de lujo, como prendas de visón para llenar un armario, docenas de zapatos de piel, abrigos de cuero, joyas de oro, miles de dólares en efectivo e incluso un tanque de cristal con una enorme pitón birmana en su interior.

A mi padre, que había tramado y ejecutado la mayoría de sus actividades ilegales, le fueron imputados numerosos cargos de fraude, incluido el de hacerse pasar por médico. El día del juicio, la acusación, para dar mayor suspense al caso, pidió que introdujeran en la sala tres carritos de la compra llenos hasta los topes de prescripciones, todas ellas con la caligrafía de mi padre y sellos fraudulentos.

—¿Tiene algo que decir, señor Finnerty? —preguntó el juez.

—No, su Señoría —respondió él—. Creo que eso habla por sí mismo.

A todo esto, casi pierden la custodia de Lisa para siempre, pero mamá asistió con estricta regularidad al programa educativo para padres en los meses que transcurrieron entre su detención y la posterior sentencia. Eso, unido a la prominente barriga que tenía el día en que compareció ante el tribunal, provocó la suficiente indulgencia como para que la dejaran en libertad.

Mi padre no tuvo tanta suerte. A él le cayeron tres años de cárcel. Fue transferido desde el centro de detención a la cárcel de Passaic County en Patterson, Nueva Jersey, en la misma fecha en que Ronald Reagan fue elegido presidente.

El día en que iban a sentenciar a mamá, convencida de que pasaría un tiempo en la cárcel, se llevó al juzgado dos cartones de cigarrillos y un tubo de monedas de un cuarto de dólar. Pero en un gesto que sorprendió a todos los allí presentes, incluso al abogado de mamá, el juez la observó con lástima y a continuación le otorgó la libertad condicional, dando comienzo al siguiente caso.

El dinero de la fianza, mil dólares —los últimos ingresos de mis padres de sus buenos tiempos—, se lo devolvieron en un cheque cuando salía por la puerta.

Con aquel cheque en la mano, mamá vio la oportunidad de empezar de nuevo, y la aprovechó. Ese dinero se fue en botes de pintura, gruesas cortinas y moqueta en todas las habitaciones de nuestro piso de tres dormitorios en University Avenue, en el barrio del Bronx, que pronto se convertiría en una de las zonas con más criminalidad de toda la ciudad de Nueva York.

Yo nací el primer día de otoño, al final de una larga ola de calor que hizo que los niños del barrio forzaran las bocas de riego para refrescarse, y que mi madre colocara ruidosos ventiladores en todas las ventanas. La tarde del 23 de septiembre de 1980, mi padre —detenido, a la espera de conocer su sentencia— recibió una llamada de Charlotte, la madre de mi madre, informándole de que había nacido su hija, con drogas en el or-

ganismo pero sin defectos congénitos. Mamá no se había cuidado en ninguno de sus embarazos, pero Lisa y yo tuvimos suerte. Me hice pis encima de la enfermera, y aseguraron que, con mis cuatro kilos y doscientos gramos, era una niña sana.

—Se parece a ti, Peter. Tiene tu misma cara.

Aquella noche, desde su celda, mi padre me puso de nombre Elizabeth. Como mis padres no estaban legalmente casados y él no estaba allí para confirmar su paternidad, me pusieron el apellido de mi madre, Murray.

En casa me esperaba una cuna nueva en mi cuarto recién pintado. Mamá nunca olvidaría la cara que puso su trabajadora social cuando fue a comprobar cómo nos encontrábamos. Lisa y yo vestíamos ropa nueva, el piso estaba immaculado y el frigorífico lleno de comida. Mamá sonrió con orgullo y recibió un informe muy elogioso. La trabajadora social le concedió una prestación indefinida para que cuidara de nosotras, e iniciamos nuestra nueva vida como familia.

Los años siguientes se verían determinados por las visitas en solitario de mi madre a mi padre, y por sus esfuerzos para conseguir ayuda en su papel de madre soltera que acababa de dejar las drogas. De vez en cuando, por la puerta lateral de la cercana iglesia Tolentine, una monja le pasaba gratis a mamá barras de queso, tarrinas extra grandes de mantequilla de cacahuete sin sal y barras de pan sin cortar en grandes bolsas de papel marrón. Con los brazos llenos de paquetes, mamá se quedaba quieta para que la hermana hiciera la señal de la cruz sobre las tres. Sólo entonces podíamos marcharnos, con Lisa ayudando a empujar el cochecito en el que iba yo.

Esos suministros, además de algunas cajas de pasas y copos de avena, eran lo que tomábamos para desayunar y como tentempiés. En el supermercado Met Food, los perritos calientes de cerdo costaban sólo noventa y cinco centavos el paquete de ocho. Las cenas consistían en esas salchichas de precio reducido cortadas en lonchas gruesas y unas cucharadas de macarrones con queso, precocinados y calentados.

En cuanto a la ropa, aunque no la conocíamos, la madre de mi padre nos ayudaba. En época de vacaciones, nos enviaba

paquetes por correo desde un lugar llamado Long Island, donde, decía papá, las calles estaban bordeadas de casas bonitas. Los envoltorios procedían de grandes compras de rollos de papel de cocina o botellas de agua, pero contenían tesoros. Bajo varias capas de papel de periódico, encontrábamos ropa de colores, pequeños artículos de cocina y bizcochos de chocolate y nueces recién horneados y de dulce fragancia dentro de latas decorativas, que se amontonaban junto a los botes «sin adornos» en el armario de la cocina. Sujeta en la solapa de abertura de la caja había siempre una pequeña nota escrita con esmerada caligrafía —que mamá nunca se molestaba en leer— la cual, en ocasiones, llevaba dentro un billete de cinco dólares nuevecito cuidadosamente pegado con cinta adhesiva.

Mamá tiraba las notas, pero guardaba el dinero, atado con una goma elástica, en una pequeña caja roja que tenía encima de la cómoda. Cuando el fajo era lo bastante grueso, nos llevaba a McDonald's a tomar un Happy Meal. Ella se cogía un paquete de cigarrillos Winston, cerveza en oscuras y altas botellas y queso Muenster.

Cuando yo tenía 3 años, papá extendió los documentos de excarcelación, sentado a mi lado en el colchón extra grande de la habitación de mis padres. Me quedé pasmada ante el sonido de una voz masculina en la casa, y al ver cómo mi madre se movía a su alrededor a la luz de la tarde. Los movimientos de él eran tan rápidos e impacientes que resultaba difícil fijar la vista en las facciones de su cara.

—Soy tu padre —vocalizó en voz alta desde debajo de su gorra de repartidor de periódicos, como si con aquel tono yo lo entendiera mejor.

Pero yo me escondí tras las piernas de mi madre y lloré bajito, desconcertada. Ese día pasé la tarde sola en mi cama, en vez de con mi madre. Mis padres, juntos por primera vez en mi vida, eran unas voces confusas que subían y bajaban de manera imprevisible al otro lado de la gruesa puerta que separaba nuestras habitaciones.

En los meses que siguieron, mamá se volvió más despreocupada con las cosas. Descuidó los quehaceres domésti-

cos; los platos sucios se amontonaban en el fregadero durante días. Nos llevaba al parque con menos frecuencia. Yo pasaba horas sentada en casa esperando a verme incluida en las actividades de mamá, y no podía entender por qué ya no me tenía en cuenta. Resentida por aquellos cambios, me empeñé en acercarme de nuevo a ella.

Descubrí que mis padres tenían extrañas costumbres, cuyos detalles se me ocultaban. Como si fuera un ritual, colocaban cucharas y otros objetos sobre la mesa de la cocina en una especie de apremiantes preparativos. Por encima de aquel despliegue, ellos se comunicaban dándose órdenes breves y rápidas el uno al otro. Se necesitaba agua —una pequeña cantidad del grifo— y también cordones de zapatos y cinturones. Yo no debía molestarles, pero sí me estaba permitido observar sus atareadas manos a cierta distancia. A menudo miraba desde la puerta, tratando de entender el significado que había detrás de aquella actividad. Cada vez que papá y mamá terminaban de disponer aquellos extraños objetos sobre la mesa, en el último minuto, uno de los dos cerraba la puerta de la cocina, impidiéndome la visión por completo.

Eso siguió siendo un misterio hasta que una tarde de verano me senté en mi cochecito (que utilicé hasta que finalmente cedió con mi peso), delante de la cocina. Cuando volvieron a cerrarme la puerta, no me moví de donde estaba, sino que me quedé allí y esperé. Observé cómo las cucarachas entraban y salían por la rendija de la puerta —un añadido reciente a nuestro piso desde que mamá había dejado de limpiar con regularidad— mientras los minutos se alargaban sin fin. Cuando por fin salió mi madre, tenía la cara tensa y los labios fruncidos.

Como intuía que habían terminado, dije algo que me repetirían en forma de anécdota durante años.

Levanté los brazos y exclamé con voz cantarina:

—¡Ya está!

Cogida por sorpresa, mamá se detuvo, se inclinó y preguntó incrédula:

—¿Qué has dicho, cielo?



—¡Ya está! —repetí, encantada ante el repentino interés de mi madre.

Llamó a mi padre a gritos.

—¡Peter, lo sabe! ¡Mírala, lo entiende!

Mi padre soltó una risilla y siguió con sus asuntos. Mamá se quedó a mi lado, acariciándome el pelo.

—Corazón, ¿qué es lo que sabes?

Contentísima de haberme hecho un sitio en su juego, adopté la costumbre de sentarme delante de la cocina cada vez que ellos se metían allí dentro.

Con el tiempo dejaron la puerta abierta.

Antes de cumplir los 5 años nos habíamos convertido en una familia funcional de cuatro miembros, dependiente del gobierno. Celebrábamos el uno de cada mes, día en que mamá recibía la prestación de la seguridad social, como si se tratara de la mañana de Navidad. La ilusionada espera colectiva del dinero llenaba la casa de una especie de electricidad que aseguraba que mamá y papá estarían simpáticos y optimistas durante al menos veinticuatro horas todos los meses. En eso sí eran coherentes mis padres.

El gobierno daba unos pocos cientos de dólares a aquellos que, por una u otra razón, no podían ganarse la vida; aunque con frecuencia yo veía a nuestros nada discapacitados vecinos cómo se aglomeraban con impaciencia junto a los buzones en el momento en que introducían en ellos los finos sobres azules. Mamá, que, desde un punto de vista legal, estaba ciega debido a una enfermedad degenerativa con la que nació, era una de las receptoras de los Ingresos Complementarios de la Seguridad Social. Lo sé porque fui con ella el día en que la entrevistaron para ver si tenía derecho a dicha prestación.

La mujer que la atendió le dijo que estaba tan ciega que si alguna vez conducía un coche «probablemente acabaría con la vida de todo ser vivo que se cruzara en su camino». Después le estrechó la mano a mi madre y la felicitó por cumplir los requisitos y por ser capaz de cruzar la calle sin problemas.

—Firme aquí. Recibirá su cheque el primer día de cada mes.

Y así fue. De hecho, no había nada que esperásemos con más ilusión que el cheque de mamá. La llegada del cartero tenía un efecto dominó que hacía que el día entero, y nuestro preciado ritual, se pusiera en marcha. Mi labor consistía en asomarme por la ventana de mi dormitorio, que daba a la fachada, y llamar a mamá y a papá en cuanto vislumbrara al cartero.

—Lizzy, no dejes de avisarme a la mínima señal. Recuerda, mira a la izquierda.

Si mamá se enteraba de que se acercaba el cartero cinco minutos antes, podía coger su tarjeta de la seguridad social, que guardaba en un cajón de papeles varios, sacar el cheque del buzón y ser la primera de la cola en la oficina de cobro. El papel que yo desempeñaba en aquellos días se convirtió en parte inestimable de la ceremonia.

Con los codos hacia atrás, me agarraba a la oxidada barandilla de la ventana y estiraba el cuello hacia fuera todo lo que podía, una y otra vez a lo largo de la mañana. La tarea me hacía sentir importante. En cuanto veía aparecer el uniforme azul por la cuesta —un santa Claus urbano empujando su carrito a juego—, estaba deseando anunciar su llegada. Mientras tanto, escuchaba el sonido de mis padres a la espera.

Mamá, en su enorme butaca, sacando el relleno amarillo a pellizcos.

—¡Maldita sea! ¡Vendrá pisando huevos!

Papá, repasando los detalles de sus planes cientos de veces, caminando impaciente de un lado a otro, tejiendo círculos en el aire como para mitigar la sensación de espera.

—Vale, Jeanie, primero paramos a comprar coca, luego nos ocupamos de la factura de la electricidad en Con Edison y después compramos cuarto kilo de mortadela para las niñas. Y necesito dinero para billetes de metro.

En el momento en que divisaba al cartero, podía avisarles inmediatamente, o podía esperar un poquito. Era la diferencia entre tener su atención o regalarla, renunciando al único momento en que yo era tan importante como ellos, tan necesi-

ria como el cartero e incluso como el dinero. Pero nunca podía contenerme; en cuanto le veía en la esquina, gritaba:

—¡Ahí viene! ¡Ya le veo! ¡Ahí viene! —Y ya podíamos pasar a la siguiente fase del día.

Al otro lado de la ordinaria fachada de cristal de la oficina de cobro, había algo para todo el mundo. Los niños gravitaban hacia las máquinas de veinticinco centavos, una hilera de cajas transparentes sobre postes metálicos con juguetes mezclados en su interior. Los críos esperaban con impaciencia las monedas de cuarto de dólar para sacar anillos de plástico con forma de araña, muñecos que aumentaban hasta diez veces su tamaño en contacto con agua, calcomanías lavables de mariposas, héroes de cómic, o corazones rosas y rojos. Clavados en alto con una chincheta cerca de la caja registradora estaban los cupones de lotería para los vagabundos con problemas de adicción al juego o para mujeres esperanzadas que asignaban unos dólares de la familia a la tentación de un golpe de suerte. Con frecuencia esas mujeres se santiguaban con mucho aspaviento antes de rascar con una moneda de diez centavos o un penique. Pero para muchos, incluso la cosa más insignificante era demasiado cara hasta que les llegara su turno en la cola.

Esas colas interminables estaban formadas por mujeres; mujeres con las facturas mensuales en la mano, mujeres con el ceño fruncido, mujeres con niños. Sus hombres (si es que había alguno por allí) se quedaban a un lado, apoyados con indiferencia en las paredes metálicas. Ellos o bien entraban con las mujeres pero se quedaban atrás, esperando a que cobraran el cheque, o llegaban con antelación, dispuestos a seguir con el hábito de sacarles a sus esposas o novias una parte del dinero. Las mujeres se resistían lo mejor que podían, cediendo lo que tuvieran que ceder y sacando el máximo partido a lo que les quedara. Lisa y yo nos acostumbamos tanto a aquel caos que casi ni mirábamos a los adultos, que no dejaban de gritarse unos a otros.

Lisa se entretenía junto a las máquinas de un cuarto de dólar, fascinada con las brillantes pegatinas. Yo permanecía cer-

ca de mis padres, que se diferenciaban de los demás adultos en que funcionaban como un equipo, pues perseguían un mismo fin. Yo participaba en su atolondramiento, deseosa de hacer mío su entusiasmo.

Si pudiera dividir el júbilo del día del cheque en pequeños fragmentos, entonces nada superaba el tiempo que mamá y yo pasábamos juntas en la cola. Mientras ella esperaba su turno, yo volvía a ser la ayudante. En aquellos momentos cruciales, llenos de expectación, mi madre confiaba sobre todo en mí. Era mi oportunidad de destacar, y siempre estuve a la altura de las circunstancias.

—Hay ocho más por delante de nosotros, mamá. Siete. No te preocupes, el cajero va deprisa.

Su sonrisa cuando le informaba de cómo iba avanzando la cola era mía y de nadie más. Decir los números en un tono tranquilizador determinaba la cantidad de atención que me prestaba. Yo habría cambiado el resto del día del cheque por diez personas más en la cola por delante de nosotros, porque durante ese periodo de tiempo mamá no se iría a ninguna parte, y yo no tendría que preocuparme de su costumbre de dejarnos en la mitad de las cosas.

En una ocasión, los cuatro fuimos al Teatro Loews Paradise, en la Grand Concourse, a ver un pase con descuento de *Alicia en el país de las maravillas*. Papá nos explicó durante el paseo que la Grand Concourse antes era una zona de lujo, una franja de elaborada arquitectura que atraía a los ricos. Pero lo único que yo veía mientras caminábamos eran sucios edificios de ladrillo con algún que otro deslustrado querubín o gárgola en los portales, desportillados y agrietados pero que aún aguantaban. La sala estaba prácticamente vacía.

Mamá no se quedó hasta el final. No es que no lo intentara; se levantó hasta tres veces a «echar un cigarrillo». Luego se levantó una última vez y ya no regresó. Cuando llegamos a casa esa tarde, sonaba en el tocadiscos el canto ronco y triste de una mujer. Mamá estaba desnuda dando una calada a un cigarrillo y contemplando su delgadez en un espejo de cuerpo entero.

—¿Dónde andabais, chicos? —preguntó con naturalidad, y entonces pensé que quizá ella no había venido con nosotros y que yo me lo había imaginado todo.

Pero cuando estábamos en la cola para cobrar el cheque, mi madre no se iba a ninguna parte. Aunque no dejara de moverse, no se marcharía sin el dinero. Así que aprovechaba la oportunidad para agarrarla de la mano y hacerle preguntas sobre ella cuando tenía mi edad.

—No sé, Lizzy. Era mala de pequeña. Robaba cosas y faltaba al colegio. ¿Cuántas personas hay delante de nosotras, corazón?

Cada vez que me volvía hacia ella, mamá señalaba con un gesto al cajero, insistiéndome en que no quitara ojo. Mantener su atención resultaba un tanto difícil, un juego de malabares que consistía en ir colando preguntas al mismo tiempo que trataba de mostrarle que yo estaba por encima de todo. Constantemente le aseguraba que ya faltaba poco; en mi fuero interno, deseaba que tuviera que esperar todo lo posible, más que ninguna otra persona.

—No sé, Lizzy. Tú eres mejor niña, no llorabas de pequeña. Sólo hacías un ruidito, algo así como *eb, eb*. Eras una monería, casi podría decirse que eras amable. Lisa gritaba como una loca y lo destrozaba todo, rompía mis revistas, pero tú nunca berreabas. Me preocupaba que fueras un poco retrasada, pero los médicos decían que no te pasaba nada. Siempre fuiste una niña buena. ¿Cuántas personas más, corazón?

Aunque me contara siempre las mismas historias, yo nunca me cansaba de preguntar.

—¿Cuál fue la primera palabra que dije?

—«Mamá». Me pasaste el biberón y dijiste «Mamá», como si estuvieras pidiéndome que te lo llenara. Eras la monda.

—¿Qué tiempo tenía yo?

—Diez meses.

—¿Cuánto hace que vivimos en nuestra casa?

—Años.

—¿Cuántos?

—Vamos, Lizzy, ya casi me toca.

En casa, nos dividíamos en dos habitaciones: el cuarto de estar para nosotros, los niños, y, al lado, la cocina para papá y mamá. Al contrario que la mayoría de las veces, en ese primer día de mes abundaba la comida. Lisa y yo tomábamos Happy Meals delante de la tele en blanco y negro, con aquel ruido de fondo de cucharas en la mesa y sillas que se arrimaban..., y aquellos prolongados momentos de silencio en que sabíamos a qué se dedicaban nuestros padres. Papá tenía que hacérselo a mamá porque ella, como no veía bien, no se encontraba las venas.

Finalmente, los cuatro disfrutábamos de la segunda parte del día. Nos sentábamos todos juntos, repartidos por el cuarto de estar, de cara a la parpadeante pantalla de la televisión. En la calle, sonaba la musiquilla del carrito de los helados y los niños se agolpaban, se alejaban, se agolpaban, y volvían a alejarse como en el juego del corre que te pilló.

Los cuatro juntos. Yo, con grasa de patatas fritas en los dedos. Lisa, masticando una hamburguesa de queso. Papá y mamá, revolviéndose nerviosos a nuestras espaldas, eufóricos.

—Entre los cojines, Lizzy. Sí, te lo digo yo, dentro del sofá. Pega bien el oído, espera unos minutos, y oirás el mar.

—¿En serio?

—Sí, Lizzy. No me lo hagas repetir. Ya sabes que no me gusta. O quieres oírlo, o no quieres.

—Pero ¡sí que quiero!

—Entonces pega la oreja ahí, aprieta bien y *escucha*.

—Vale.

Al ser mi hermana mayor, Lisa poseía un aire de misterio; había una fuerza en ella que de niña me fascinaba y atemorizaba. Algunos de los talentos suyos que más me impresionaban entonces —por citar unos pocos— abarcaban desde trenzar el pelo hasta chasquear los dedos a la vez que silbaba de un tirón el tema musical de *Embrujada*. A mis ojos parecía majestuosa, y ella fomentaba esa condición hablando con autoridad sobre múltiples temas que no guardaban relación entre sí; declaraciones que yo, tan pequeña, creía a pies juntillas. Aunque sus

afirmaciones parecieran abstractas, yo imaginaba que ella poseía conocimientos de la forma en que los profesores de matemáticas dominan la aritmética: misteriosa e incuestionablemente. Mi confianza ciega me dejaba a merced de muchas de sus inocentadas.

—Vale, ahora ponte este otro cojín encima de la cabeza.

—¿Por qué?

—Me estás sacando de quicio. ¿Quieres o no quieres oír el mar?

¿Y por qué no? Yo sabía que el mar podía oírse dentro de las sencillas conchas que nos traíamos a casa de las excursiones que hacíamos con mamá a la playa Orchard, que en absoluto estaban ya cerca del mar, así que ¿por qué no podía ocurrir lo mismo con un cojín de sofá? ¿Y cómo iba yo a saber lo que Lisa se disponía a hacer cuando a continuación se irguió y se sentó en mi cabeza? ¿Cómo podría haber adivinado que iba a tirarse un enorme pedo encima de mí?

—¡Toma eso! ¡Y, ahora, Lizzy, oye la brisa marina! —gritó mientras me revolvía como loca debajo de ella, mis gritos amortiguados bajo su peso.

¿Esa experiencia debería haberme preparado mejor para el día de Halloween en que Lisa y su amiga desde primer curso, Jesenia, «degustaron» todas mis golosinas «por razones de seguridad», y sólo dejaron varios peniques y algunas pastillas para la tos en mi bolsa de *trick-or-treat*\*? Mientras se desarrollaba la «inspección», me había escondido una barra de chicle en una mano, realmente convencida de que *yo* la estaba engañando a *ella*.

Sin embargo, pese a ser la pequeña, no siempre era yo la defraudada; de vez en cuando sucedía al revés. Como hija se-

---

\* *Trick-or-treat*, ‘susto-o-dulce’, es la pequeña amenaza que profieren los niños cuando, el día de Halloween, van de puerta en puerta pidiendo caramelos, etcétera. La idea viene a ser: o me das un dulce o te pego un susto. Los niños guardan los caramelos y chucherías en una bolsa como la que menciona Lizzy. [N. de la T.]

gunda, podía plantearme la mayor parte de las curiosidades de la vida con una especie de conocimiento prestado, gracias a mi hermana mayor. Al observar cómo se las arreglaba Lisa con todo tipo de asuntos en casa, yo era capaz de manejar situaciones similares con menos dificultad.

Esa ventaja me ayudaba a conducirme en la vida con nuestros padres. Al observar los errores de Lisa, yo al menos comprendía lo que *no* debía hacer. Era capaz de deducir el comportamiento exacto que se necesitaba para granjearme la aprobación y la atención de mis padres, algo que podía resultar escurridizo en nuestra casa.

El sábado era el día del servicio de recogida de muebles para las personas que vivían en Manhattan, lo cual decía papá que automáticamente significaba que «vivían bien». La gente de Manhattan tiraba cosas que aún estaban en perfecto estado de uso; sólo había que mirar bien para encontrar cosas buenas. Papá conocía varios sitios en los que sabía buscar. Yo había empezado una colección en mi cuarto: tres soldados de metal sólo con la pintura ligeramente desportillada y algunas grietas en varios puntos de sus prominentes mosquetes que apenas se veían; unas viejas esposas de juguete que a mí me gustaba enganchar en la presilla de mi cinturón junto con una pistola de plástico para parecer un poli de verdad; y un juego de canicas en una desgastada bolsa de cuero con la palabra GLEASON'S impresa en un lado.

Los regalos venían siempre acompañados del relato triunfal del proceso de recogida; de historias de cómo papá rebuscaba entre las bolsas mientras varios transeúntes boquiabiertos hacían ascos a «cosas en perfecto estado». En sus relatos, papá era siempre el héroe, subestimado por personas a las que finalmente él conseguía encandilar con su inteligente ironía.

De vez en cuando, yo iba al centro con él. Allí parada, era difícil saber lo que sentía cuando la gente se quedaba mirando y papá simplemente le daba la espalda y seguía hurgando impertérrito. Trataba de ver a través de los ojos de aquellas personas lo que debía de parecerles mi padre, vestido con una sucia



camisa de franela, abotonada, perfectamente entremetida en unos vaqueros igualmente mugrientos, hablando solo, rebuscando en los contenedores de basura, como si se empeñara en llevar ropa de una profesión desaparecida desde hacía años. Un hombre serio, de pelo oscuro y rasgos faciales angulosos que le hacían parecer guapo y adusto a la vez, con una hija pequeña, plantada en medio de la basura que los demás evitaban dando grandes rodeos. Recuerdo que me sentía francamente avergonzada, hasta que papá me paraba en seco.

—¿Qué pasa?, ¿te avergüenza, Lizzy? —preguntaba, levantando ligeramente la cabeza del podrido montón y quitándose su gorra de repartidor de periódicos—. ¿A quién le importa lo que piense la gente? —Me miraba fijamente a los ojos, sin pestañear, inclinándose—. Si sabes que algo te conviene, ve derecha a por ello, y a los demás que les den. Es su problema.

Me quedé mirando a papá en su desafiante actitud, y me sentí orgullosa, como si estuviera compartiendo un secreto conmigo: cómo olvidar lo que otras personas pensarán de ti. Yo quería sentirme como él, pero era algo en lo que tendría que esforzarme. Conseguía arreglármelas cuando, en aquellos momentos, me lo proponía de verdad, allí junto a papá, burlándome de la gente que nos miraba. Pero sólo si, evocando su voz, me decía a mí misma una y otra vez que era *su problema*.

Papá se sentía orgulloso de su búsqueda de tesoros. Siempre contaba la historia de cómo había encontrado un teclado nuevo en el preciso momento en que un tipo le llamó «escarbador de basura». En el relato, el tipo tuvo la cara de preguntarle, cuando vio lo bueno que era, si papá iba a quedarse con el teclado. Papá disfrutaba repitiendo su respuesta en tono indignado: «Ni de coña, colega».

—Ellos pierden, nosotros ganamos —decía cuando nosotras disfrutábamos con nuestros juguetes de segunda mano, casi sin usar, o cuando regalaba a mamá una blusa con un pequeño descosido que sólo necesitaba una puntada.

Sentado frente a nosotras en el sofá, cantaba la indescifrable letra de un viejo éxito y jugueteaba con su bolsa mientras esperábamos ansiosas. Papá tenía su calculada forma de hacer

las cosas, como abrir una mochila o desabrochar una funda de gafas. No debíamos interrumpirle; los movimientos exactos eran una rutina que no le gustaba romper. Si se saltaba un paso, se aturullaba y tenía que empezar otra vez. Mamá tachaba sus hábitos de obsesivos.

Lisa y yo estábamos impacientes.

—¿Qué has conseguido? ¡Dínoslo! Quiero saberlo —exigía Lisa.

—Sí, por favor, papá —insistía yo.

—Esperad un momento, colegas.

Se había enredado con una cremallera. No estaba atascada, pero él tenía su modo de abrirla. Tarareó y continuó.

—*Daaa, da dum, darlin', you are the one.*

Mamá, adormilada por la siesta que se había echado, nos miró y se encogió de hombros.

Finalmente, sacó un secador de pelo de juguete de color rosa para Lisa. Las junturas por donde se había soldado el plástico estaban sucias. Tenía pegatinas en lugar de botones; las posiciones se marcaban mediante un código de colores: ALTA, MEDIA y... la de la mínima estaba arrancada; sólo quedaba una veta blanca. Lisa cogió el secador por un extremo con cara de decepción.

—Gracias, papá —dijo sin entusiasmo.

—Creí que te gustaría —comentó, buscando en la bolsa lo que me había traído a mí.

—¿Comemos ya? —preguntó Lisa.

—Un momento —contestó mamá, levantando un dedo.

A continuación, papá sostuvo en alto una camioneta gigante blanca y azul con ventanas reflectantes y gruesos neumáticos acanalados. La tierra se había incrustado en cada rendija, oscureciendo las partes blancas, dando aspecto al camión de tener muchos kilómetros.

Antes incluso de que lo soltara, yo ya sabía cómo iba a reaccionar al regalo de papá. El modo de comportarme con mis padres era en gran parte deliberado; meditaba a fondo las acciones y las palabras por las que al final me decidía. Así, no dejaba nada al azar. Más bien, era una habilidad que desarro-

llé, sabiendo exactamente cómo captar la atención de mis padres. En este caso, papá iba a darme lo que él creía que era un «juguete de chico», y yo sabía exactamente cómo responder. Llevaba muchos años prestando atención a los comentarios desdeñosos que hacía mi padre con respecto a las cosas «de chicas».

Cuando mamá veía las tertulias de la tele en las que se hablaba de temas femeninos como «sentirse gorda» o «plantar cara al compañero», papá caminaba de un lado a otro por el cuarto de estar y emitía agudos gemidos, imitando a las mujeres que lloriqueaban de manera quejumbrosa.

—*¡Ay!, qué malo es el mundo con las mujeres... Sigamos compadeciéndonos y así no lo superaremos nunca.*

Papá reaccionaba de la misma manera ante la costumbre de Lisa de mirarse al espejo. A mi hermana le gustaba sentarse hecha un ovillo en un rincón y examinar su reflejo, probando con diferentes sonrisas y expresiones faciales. Podía pasarse una hora entera mirándose a sí misma.

La reacción de mi padre consistía en poner los ojos en blanco, alzar el mentón y desplegar los dedos en abanico por detrás de la cabeza simulando una especie de corona. Y hablaba con aquella misma voz que yo había llegado a interpretar como su forma de ver cualquier cosa «femenina».

—*¡Anda, mírame la cara! Bueno, entonces ya me la miro yo.*

Papá siempre terminaba sus bromas con una sonora carcajada que hacía que Lisa escondiera el espejo y se azorase.

—*¡Asqueroso!* —le oí decir una vez airadamente.

Con anterioridad, había decidido que ridiculizaría cualquier cosa «de chicas» en presencia de papá, para que se olvidara de que yo también era una niña. Me aseguraba de que mi voz no sonara nunca sumisa. Los vestidos eran una sandez, «gilipolleces de chicas» que no me interesaban de ninguna manera. Supe que la cosa funcionaba cuando papá empezó a traerme aquellos juguetes de chicos, que, me di cuenta, le hacían sonreír y mirarme durante mucho más tiempo que a Lisa.

Le cogí la camioneta gigante (que daba la casualidad de que me gustaba realmente) con brusquedad y exclamé:

—¡Ahí va! ¡Gracias, papá! —Lo hice rodar por la mesa de centro y proferí fuertes sonidos guturales, como de motor, para que él me oyera.

Papá me dio su aprobación con una sonrisa, y metió de nuevo la mano en la bolsa.

—He reservado lo mejor para el final —dijo, volviéndose hacia mamá, que le miró con curiosidad desde su asiento a la mesa del cuarto de estar. Estaba ajustando el ventilador de mesa hacia nosotros, pero, con la humedad, sólo circulaba aire caliente.

Su regalo debe de ser especial, pensé mientras miraba cómo papá lo sacaba de su esmerado envoltorio de varias capas de hojas de periódico.

—Aquí tienes —dijo papá en tono de humor, sosteniendo un grueso joyero de cristal con las puntas de sus dedos tiesos, como un camarero llevando una delicada fuente.

Mamá dejó escapar un largo suspiro de satisfacción al coger el regalo entre las manos. Momentos antes, no parecía muy interesada, pero, por la forma en que reaccionó, me di cuenta de que realmente le gustaba la caja, aunque no pude por menos de pensar que no tenía joyas que guardar en ella. Mientras mamá contemplaba la caja, papá siguió contándonos.

—Tendrías que haber visto a una mujer que me miraba como si estuviera zumbado, mientras yo hurgaba entre las bolsas de sus vecinos. Ya sabes lo que digo yo en estos casos. —Hizo un gesto levantando el dedo corazón y puso cara de pocos amigos—. ¡Anda y que te den. Meticona!

El joyero era una pieza, redonda y poco profunda, de cristal tallado. Tenía una gruesa tapa plateada con intrincados motivos decorativos. En una esquina de la tapadera había una rosa plateada que se inclinaba con gracia hacia delante. Cuando la girabas, sonaba una suave música mientras la rosa daba vueltas lentamente como si danzara un ballet triste. Era una preciosidad. Lo quise para mí al instante.

—¡Papá!, ¿me lo das? —gritó Lisa, leyéndome el pensamiento. Papá no le hizo caso.

—¿Quién ha podido tirar algo tan bonito? —preguntó mamá.

—No lo sé, pero ¡peor para ellos! Lo encontré en Astor Place, bajo esos enormes edificios —respondió papá a la vez que se desataba sus zapatillas deportivas con bruscos y rápidos ademanes. Tenía la costumbre de hacerse nudos dobles, y a veces triples, en los cordones.

—Bueno, ¿comemos ya? —preguntó Lisa.

Me alegré de que sacara ese tema; había empezado a arderme el estómago, pero prefería no interrumpir. No habíamos comido nada desde por la mañana, cuando Lisa y yo nos habíamos preparado unos sándwiches de mayonesa. Muchos días, eso era todo lo que comíamos: sándwiches de huevo y mayonesa. Lisa y yo los detestábamos por igual, pero con ellos tirábamos muchos días en que, aparte de agua, eran lo único con lo que llenar nuestro estómago vacío. No había pasado ni una semana desde que mamá había cobrado el cheque, pero el dinero había volado y apenas quedaba comida en el frigorífico. Yo me moría por cenar algo.

—Un momento —respondió papá—. Espera un momento, voy a ponerme cómodo.

Mientras Lisa veía la tele, mamá y papá se atareaban con algo en su dormitorio. Un poco apartada, yo les observaba desde el borde de la puerta que proporcionaba la única separación entre mi habitación y la suya.

Mamá examinaba minuciosamente la pila de discos que tenían en el armario. Como estaba con papá, no pondría a Judy Collins; se la veía de buen humor, así que elegiría algo ligero. Juntos formaban un tándem con algún misterioso propósito. Papá estaba sentado en el borde de la cama, revisando algo que parecía tierra; a continuación cogió un pellizco con la punta de los dedos y, con sumo cuidado, lo extendió sobre un ejemplar de la revista *New Yorker* que tenía en el regazo, y que había sacado del chirriante cajón de la mesilla. Luego mamá enrollaba esos trocitos en un papel de cebolla y lamía los extremos antes de retorcerlos con fuerza. Mamá levantó su encendedor y, con la mirada fija en el cigarrillo lo accionó varias veces hasta que lo encendió. Dio tres difícil-

tosas caladas y se lo pasó a papá. Nunca había visto a papá fumar un cigarrillo.

—¿Se puede saber qué hacéis? —pregunté, incapaz de contenerme. Les pregunté por todo, desde «¿por qué estáis haciendo cigarrillos si mamá tiene unos ya preparados ahí, encima de su cómoda?», hasta «¿cómo es que no huelen a cigarrillos?».

Por su risa nerviosa supe que iban a mentirme.

—Liz, ya vale —consiguió decir papá, mientras seguía riendo con mamá. Tenía la impresión de haber dicho alguna ingenuidad, y me sentí avergonzada. Noté cómo me ponía colorada—. Ya vale por hoy —dijo.

Un humo extraño llenaba el aire, y yo me tapé la nariz con el cuello de la camisa para no aspirar aquel insólito olor. Mis padres estaban en su propio mundo, y a pesar de mis intentos no podía entrar en él. Me quedé allí buscando los ojos de mamá, con la esperanza de que me dejara compartir su secreto, pero no me miró. En la cama estaba la revista abierta por una página salpicada del relleno de su cigarrillo.

—¿Vamos a comer algo alguna vez? —preguntó Lisa a voz en grito cuando aparecieron en la pantalla de nuestra pequeña televisión los créditos del programa que había estado viendo.

—Claro, cariño —replicó mamá con dulzura. Luego se levantó, tambaleante, para entrar en la cocina, dando grandes zancadas, como un astronauta que se echa a andar por la superficie de la luna. La torpeza de sus movimientos les pasó inadvertida a todos menos a mí.

Poco después Lisa y yo estábamos sentadas a la mesa del cuarto de estar para cenar huevos revueltos y agua fría. La pelea empezó en cuanto mamá puso los platos delante de nosotras.

—¿Por qué tenemos que comer huevos *otra vez*? —se quejó Lisa—. Yo quiero pollo.

—No tenemos pollo —respondió mamá antes de volver junto a papá para dar otra calada.

—Pues yo quiero comida de verdad. No quiero más huevos; comemos huevos todos los días, huevos y salchichas. Quiero pollo.

Papá apenas podía contener la risa para hablar.

—Hazte a la idea de que es un pollo pequeño —dijo.

—¡Que te jodan! —soltó Lisa.

—Sabe bueno —dije yo, esperando suavizar las cosas.

—*Mentirosa*. Aborreces esta mierda tanto como yo —surró Lisa desde el otro lado de la mesa.

Lisa detestaba mis ganas de agradar, pues las consideraba una amenaza en su campaña para exigir mejoras a nuestros padres.

Yo le saqué la lengua y eché varios pegotes de ketchup en los huevos para disimular el mal sabor. Lisa tenía razón; yo también aborrecía los huevos. En la televisión se veía a Donald Trump estrechando la mano a un funcionario municipal, pero de repente aparecieron interferencias en la imagen. Comí a toda prisa, con la esperanza de deshacerme de aquella masa caliente obligándome a tragar grandes bocados. Me puse a rodar mi camioneta de juguete por el plato, haciendo efectos de sonido con los que salpicaba la mesa de huevo y también a Lisa.

Una y otra vez, vi cómo mi hermana libraba una batalla perdida. Si sólo había huevos, tendríamos que comerlos. Era así de sencillo. Si, al menos, Lisa se quedara callada, todos podríamos llevarnos bien. Pero al mismo tiempo agradecía que fuera exigente, pues eso me daba la oportunidad de agradar. Yo sería la niña buena. No necesitaba mirarme al espejo; no era presumida ni una nenita. Me gustaban los camiones y me comía los huevos.

Lisa siguió hasta que rompió a llorar. Comprendió que ante ella no había más que un callejón sin salida.

—¡Os odio! —les gritó a los dos. Pero, desde la habitación llena de humo, donde en aquel momento sonaba con fuerza una música lenta de guitarra y el canto de un hombre, ninguno de los dos respondió.

Lisa siempre parecía sacarse los patrones de conducta de algún lugar superior que sólo era evidente para ella. Si tuviera que imaginar ahora de dónde le venía su rechazo a que la estarían, yo diría que de alguna manera estaba relacionado con el año anterior a que yo naciera.

Cuando estaba embarazada de mí, mamá sufrió lo que ella llamaba una crisis nerviosa. Con papá en la cárcel, mamá se las veía y se las deseaba para controlar su salud mental y ocuparse de Lisa al mismo tiempo, y a mi hermana se le buscó una familia de acogida con la que vivió durante casi ocho meses.

La pareja que acogió a Lisa era acaudalada y no podía tener hijos, así que trató a Lisa como si fuera un miembro más de la familia. La colmaron de tantas atenciones y cuidados que cuando mamá se recuperó y fue a recoger a Lisa, ésta protestó encerrándose en un armario y negándose a marcharse. Mi madre tuvo que arrancar a Lisa de la casa y arrastrarla hasta University Avenue, llorando a mares las dos; y, al parecer, Lisa nunca lo superó. Daba la impresión de que había desarrollado un agudo sentido de lo que se merecía, y no perdía oportunidad de reivindicarlo cuando se le ofrecía menos, que era casi siempre.

Lisa profirió un último «os odio» desde la mesa, cruzando los brazos sobre el pecho y volviendo la vista hacia la televisión.

—Y *yo* no soy pobre; *mi* padre es Donald Trump! —gritó.

—Entonces ¿por qué no vas y le pides pollo a papá Trump? —saltó papá. Mamá ahogaba su risa mientras papá se carcajeaba abiertamente de su propia broma, dándose palmadas en la rodilla.

De repente Lisa empujó su plato contra el mío; éste osciló y los huevos se deslizaron y quedaron amontonados a un lado. Lisa se fue a grandes zancadas y cerró la puerta de un golpe. El ruido se fundió con el estrépito de música pop que salía de sus altavoces distorsionados.

—Me he comido los huevos —dije, pero nadie me escuchaba.

La abuela, la madre de mi madre, vivía en Riverdale, enfrente de Van Cortlandt Park, en un hogar para ancianos de estilo años sesenta, donde fumaba, rezaba y llamaba por un teléfono de monedas a nuestra casa todos los días. Aparte de nosotros cuatro, ella era la única familia con la que nos comu-



nicábamos. La madre de papá a veces enviaba regalos desde Long Island, pero, al caer en las drogas, papá se había convertido en la oveja negra de su familia de clase media. No nos visitaron ni una sola vez; nunca vinieron a ver cómo vivíamos en el Bronx. Aunque mamá se escapó de casa a los 13 años, su madre y ella se reconciliaron un poco más adelante. Después de nacer Lisa y yo, la abuela venía a vernos una vez a la semana, los sábados en el autobús número 9, utilizando su tarjeta de tarifa reducida para jubilados, que la traía hasta University Avenue.

Antes de sus visitas, mamá se ajetreaba por la casa metiendo las puntas de las sábanas debajo de los colchones y poniendo los platos en el fregadero, sobre los cuales dejaba correr agua hirviendo. Barría y escondía el polvo debajo del sofá y echaba ambientador por encima de nuestras cabezas minutos antes de que llegara la abuela.

Desde el sofá, Lisa decía a mamá que se quitara de en medio cada vez que, cuando pasaba el aspirador, no la dejaba ver *Video Music Box*, un programa que aparecía con puntitos blancos en nuestro televisor sólo si Lisa giraba el selector de UHF una y otra vez.

Una calurosa tarde de verano, esperábamos que la abuela llegara a las doce en punto, pero mamá, como siempre, había dejado todo para el último momento. Aún me estaba cayendo encima la vaporización del aerosol en una llovizna fría, cuando llegó la abuela, demasiado abrigada para el tiempo que hacía. Jadeaba aparatosamente tras haber subido dos cortos tramos de escaleras, y su suéter desprendía un fuerte olor a tabaco cuando nos abrazamos. Llevaba su pelo gris plateado recogido en un moño prieto. Tenía los ojos verdes y vivaces, y la piel arrugada y de aspecto curtido, con desvaídas manchas marrones de la edad. Lisa no apartó la vista de la televisión. Era la abuela quien tenía que agacharse para que la abrazara. Yo rodeé a la abuela por la cintura y le pregunté qué tal le había ido el viaje en autobús, que para ella era un acontecimiento fundamental de la semana. Sus respuestas siempre eran cortas e iban acompañadas de una complaciente sonrisa.

—Todo ha ido sencillamente fenomenal, cariño. Y doy gracias a nuestro Señor por que me haya concedido otro día para venir a ver a mis preciosas niñas.

La abuela era muy religiosa. En su bolso marrón claro de piel de imitación —que llevaba colgado en el antebrazo a todas partes, incluido el baño (costumbre que ella atribuía a «esos asquerosos sinvergüenzas del hogar de ancianos»)—, la abuela llevaba una Biblia —una edición de la versión autorizada del rey Jaime—, horquillas para el pelo, bolsitas de té Lipton y dos paquetes de Pall Mall, sus «cigarrillos».

Por lo general, nadie, salvo yo, se molestaba en mantener una conversación con la abuela. Mamá decía que su madre estaba tan sola viviendo en la residencia que hablaba sin cesar a cualquiera que la escuchara, con la educación religiosa como único tema. Mamá también insistía en que, con el tiempo, perdería interés, como le ocurría a todo el mundo, cuando me diera cuenta de que la abuela «estaba un poco ida».

—No está en sus cabales —decía mamá—. Supongo que no pudo evitar las cosas por las que me hizo pasar. Algún día entenderás a qué me refiero, Lizzy.

Pero ni me lo imaginaba. La abuela no era como otros adultos. Respondía a todas mis preguntas, por muchas que le hiciera. Mi curiosidad abarcaba desde cómo se producía el arco iris hasta quién se parecía más a mamá cuando era pequeña, Lisa o yo. Y la abuela estaba dispuesta a ofrecer respuestas a absolutamente todo, basando sus razonamientos en la experiencia religiosa, asegurándome que todos los misterios del mundo eran obra de Dios. Mamá observaba desde la puerta y comentó que formábamos una pareja hecha en el cielo.

La abuela se apostó en nuestra cocina, ofreciendo té y sagradas escrituras a todo el que quisiera. Me gustaba el sabor dulce del té cuando la abuela echaba dos terrones de azúcar y un poco de leche, que se dispersaba como las volutas de humo de un cigarrillo de mamá. Me senté, abrazándome las rodillas contra el pecho, con el camisón por encima de las piernas, sorbiendo la bebida caliente, y escuché su relato de cómo los pecados alejan a los malvados del cielo.

—No digas palabrotas, Lizzy. Dios no favorece a los malhablados. Limpia la casa a tu pobre madre de vez en cuando. Dios lo ve y lo oye todo, y nunca olvida. Dios sabe cuándo no te portas bien con los demás. Créeme, niña, muchos serán los pecadores que no crucen las puertas del paraíso hacia el amor de Dios. Ten cuidado, Dios es nuestro Señor, y es todopoderoso.

La única cosa no relacionada con la religión de la que hablaba la abuela era de lo que yo quería ser de mayor.

—Humorista. Quiero contar chistes en un escenario —afirmé, recordando las noches en que había visto en la tele a hombres con chaqueta de sport, nerviosos, contando anécdotas a audiencias invisibles, que iban adquiriendo confianza con cada explosión de risas. Pensé que a la abuela le llamaría la atención esa idea tanto como a mí. Sin embargo, me miró con preocupación y dejó su taza en la mesa para levantar un dedo hacia el cielo.

—Ay, por Dios, no, no hagas eso. No lo hagas. Lizzy, nadie se reirá. Tesoro, hazte asistente interna. Yo empecé a trabajar de asistente interna cuando tenía 16 años. Te encantará. Vives con una agradable familia y, si cuidas bien de sus niños, podrás comer gratis y llevar una vida honrada de la que Dios estaría orgulloso. ¿A que suena bien? Hazte asistente interna, Lizzy. Además, es una buena práctica para cuando tengas marido, ya verás.

A mi edad era difícil entender a qué se refería la abuela. Imaginaba a una esposa y un marido sentados a una mesa cuadrada, en una casa grande, cuadrada y blanca. Su hijo pequeño, regordete y llorón, esperaba a que yo le sirviera, junto con la pareja, cuyas caras eran manchas borrosas. La abuela sonrió de modo tranquilizador. Yo le devolví la sonrisa. El futuro que me auguraba me parecía tan descorazonador que decidí que aparentemente me mostraría de acuerdo con todo lo que ella dijera, pero me guardaría mis verdaderos deseos. Asentí con la cabeza y sonreí, fingiendo estar tan encantada con su consejo como lo estaba ella. Entonces, con la excusa de necesitar algo del cuarto de estar, fui a sentarme con Lisa en el sofá.

Pero la abuela no me necesitaba —ni a mí ni a nadie, si vamos al caso— para mantener una buena conversación. Si se la dejaba sola en la cocina durante un buen rato, no tenía ningún inconveniente en arrodillarse en el suelo y seguir dialogando en privado con el mismísimo Dios. Lisa bajó el volumen de la televisión para que pudiéramos oír desde la habitación contigua las fervientes repeticiones de la abuela: «Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo». Siguió repitiendo, una y otra vez, pasando las cuentas del rosario y murmurando hasta que su cantinela era más ritmo que palabras. Eso significaba que había establecido contacto directo.

Lisa quitó por completo el volumen de la televisión cuando el rezo de la abuela empezó a oírse con más fuerza; su voz se elevó y se hizo más grave, de una manera que me pareció aterradora, mientras pedía a gritos que el cielo la guiara; como si fuera su propia emisora para llamar al Señor. La abuela podía pasarse horas en esta especie de trance, sin moverse, sin abrir los ojos, mientras se ponía el sol y la habitación se oscurecía a su alrededor, enfriándose el té en tazas de cristal encima de la mesa. Todos teníamos prohibida la entrada a la cocina cuando la abuela hablaba con Dios.

—Lisa, calla, quiero oír. —Pensé que quizá estuviera realmente comunicándose con el cielo y quería escuchar, a través de las contestaciones de la abuela, cómo sonaban los consejos directos e Dios. Lisa hizo una mueca con los labios.

—¡Qué tonta eres! —me soltó—. La abuela sencillamente está loca. Mamá dice que oye voces. No está hablando con Dios, está chiflada.

Muchas veces, mientras se afanaba con la limpieza previa a la llegada de la abuela, mamá nos hablaba de cómo la enfermedad mental de su madre le había echado a perder la infancia. De joven, mamá tenía que llegar a casa todos los días poco después de salir del colegio. La abuela sincronizaba el reloj de mamá con el del cuarto de estar, y si mamá llegaba tarde, aunque sólo fuera por unos minutos, recibía una paliza. La abuela empleaba cualquier cosa, desde cables alargadores a tacones de aguja; le daba todos los golpes en la cara interior de los muslos

hasta que se le llenaban de moratones desde las ingles hasta las rodillas. A menudo, en mitad de la noche, la abuela sacaba de la cama a mamá, a su hermana Lori y a su hermano Johnny y les obligaba a coger las cazuelas y las cucharas que ella les entregaba. Luego les ordenaba que empezaran a dar golpes, que hicieran el mayor ruido posible y que gritaran una frase que ella misma se había inventado, «*Its-a-bits-of-para-kitus, its-a-bits-of-para-kitus*», una y otra vez, hasta que, con aquel estruendo, dejara de oír las voces que la atormentaban.

Por eso, entre otras razones, decía mamá, se había escapado de casa cuando era tan joven y lloraba escuchando discos tristes a oscuras en su habitación, recordando todos los líos en los que se había metido desde entonces.

—Una infancia así puede trastornarte la vida, realmente —decía mamá—. ¿Qué esperaba que fuera yo después de todo eso?, ¿Miss América?

La abuela se amansaría más adelante con la ayuda de una estricta medicación y las conversaciones con Dios. Sin eso, juraba mamá, el demonio que tenía dentro se revolvió con mucha facilidad.

—Pero debes saber que no es culpa suya —me explicó mamá en una ocasión con una voz suave que me llevó a pensar que quería a la abuela—. Es algo hereditario. Su madre también lo padeció, al igual que la madre de su madre. Y de vez en cuando, cariño, a mí también me pasaba un poco, pero en absoluto como a la abuela. Con tratamiento, mi problema desapareció, al cien por cien. Ella está siempre medio en las nubes. No puede evitarlo.

El «tratamiento» del que hablaba mamá consistió en varios periodos de dos o tres meses en el pabellón psiquiátrico del Hospital North Central Bronx, después de que papá la encontrara alucinando y oyendo voces. Con anterioridad a que yo naciera, probaron con varios tipos de medicación, pero finalmente a mamá le prescribieron Prolixin y Cogentin para mantenerla estabilizada. Papá decía que no era probable que tuviera más ataques, porque hacía años de aquello y mamá se encontraba bien desde entonces. De cualquier manera, yo es-

taba convencida de que mamá no podía sino estar segura al cien por cien de ella misma, en parte porque pensar que pudiera ser de otra manera me horrorizaba.

En la cocina, la abuela se reía sola, por alguna broma suya particular.

—Ahí está otra vez —dijo Lisa, poniendo los ojos en blanco y dibujando pequeños círculos con un dedo cerca de la sien. Hasta que Lisa y mamá lo mencionaron, nunca se me había ocurrido que el que la abuela hablara sola estuviera relacionado con su locura. Me sonrojé ante mi credulidad.

—Ya sé que no está hablando con Dios. ¿Qué te crees?, ¿que soy retrasada mental? —solté yo a mi vez.

En verano mamá tapó algunos de los agujeros de nuestros ingresos alimentándonos con ayuda de otros programas gubernamentales, como el almuerzo gratis que se ofrecía en las escuelas públicas. A menudo Lisa y yo teníamos que convencerla para que se levantara de la cama, nos vistiera y se preparara ella misma, así que casi nunca llegábamos a tiempo. Mamá esperaba hasta el último momento, y luego corría frenéticamente por la casa, apresurándose febrilmente para recuperar el tiempo perdido.

—¡Estate quieta! Si te mueves, es peor.

Mi cabeza se bamboleaba por los tirones que me daba mamá con su peine de púas finas, que me arañaban el cráneo como si fueran clavos ardientes.

—¡Jooo, mamá!

—Nos quedan quince minutos, Lizzy. Tenemos que irnos. Lo hago con todo el cuidado que puedo. Si te estás quieta, no te dolerá —insistía, tirándome del pelo para demostrármelo. Bien sabía yo que eso era mentira. Lisa, que estaba en la puerta, me sacó la lengua; ella tenía el pelo más manejable. Me ardían las mejillas de rabia. Cuando iba a devolver el gesto, las púas del peine se engancharon en un enorme nudo. Sin la menor vacilación, empujó con furia, arrancando la terca maraña como si fuera hierba seca. Apreté los ojos y me agarré al borde del colchón en que estaba sentada para tratar de aguantar el dolor.

—¿Ves? Si te estás quieta, no te hago tanto daño.

Iba a pasarme el resto de la mañana frotándome el irritado cuero cabelludo.

Corríamos peligro de que volvieran a darnos raciones frías por tercera vez en esa semana, o, peor aún, de que no quedara comida en absoluto. La cosa se complicaba aún más cuando nos encontrábamos a medio camino entre un cheque y el siguiente de la seguridad social..., y el almuerzo gratuito a menudo era la única comida completa que hacíamos al día.

El intenso calor de aquel mes de julio abrió el Bronx a la fuerza, lo partió por la mitad y dejó su contenido al descubierto. Las altas temperaturas sacaron fuera de sus casas bochornosas y sin aire acondicionado a los ocupantes de nuestro vecindario para apiñarse en las agrietadas aceras.

Saludé con la mano a las señoras mayores que se pasaban el día cotilleando sentadas en sillas de jardín, adueñándose de un cuadrado de cemento para ellas y sus radios a pilas.

—Hola, Mary. —Sonreí a la mujer que me daba una moneda de cinco centavos para comprar barritas de cacahuete cada vez que la encontraba en la planta baja.

—Buenos días, chicas. Buenos días, Jeanie —saludó a su vez.

Varios hombres mayores puertorriqueños jugaban al dominó delante de la tienda de la esquina encima de tablones de madera podrida colocados sobre bloques de hormigón. Mamá les llamaba *viejos verdes* y decía que no debía acercarme a ellos, porque tenían *malos pensamientos* y harían *cosas feas* con jovencitas a la menor oportunidad. Según nos acercábamos a aquellos hombres, traté de no levantar la vista de mis zapatos para mostrar a mamá que era obediente. Le gritaron cosas a ella que no entendí.

—*Mami, venga aquí, blanquita\**. —Y silbaron y emitieron ruidos como si chuparan con sus labios húmedos y relucientes de cerveza.

---

\* En español en el original. [N. de la T.]

Al pasar, vimos a algunas amigas de mamá, sentadas por allí cerca, subidas en las escaleras de entrada, expertas en no quitar ojo a los niños, llevando sobrecargados llaveros adornados con banderas de plástico de Puerto Rico y sonrientes ranas *coquí* con sombreros de paja. Aquel revoltijo de baratijas sonaba cada vez que las madres levantaban una mano disciplinaria. Los niños daban vueltas alrededor de los aspersores y los adolescentes se adueñaban de las esquinas.

La música de salsa resonaba por todo el barrio cuando pasamos el cruce de University con la Calle 188, Lisa y yo tirando de mamá por los brazos, ayudándola a guiarse entre el tráfico, ya que ella iba con los ojos entrecerrados.

—Cuatro calles más, ¿vale, mamá?

Ella sonrió distraída.

—De acuerdo, corazón.

En el comedor había un inconfundible olor a pescado. Hice de tripas corazón, cogí una bandeja de poliestireno dividida en cuatro secciones y me puse a la cola. Vacilé ante el montón de empanadillas de pescado que brillaban por la grasa.

—¿Tienes en casa algo mejor de comer? —preguntó la encargada de la leche, haciéndose oír por encima del ruidoso parloteo que había en el comedor.

—No —respondí, agachando la cabeza mientras aceptaba el mustio pescado.

—Entonces, vamos, muévete. —Cogí medio litro de leche, resbaladizo el envase, y procuré que las frituras de patata no se me cayeran de la bandeja mientras me dirigía a sentarme en un banco incorporado a una larga y abarrotada mesa.

Lisa agujereó su empanadilla de pescado, e hizo que fluyera el relleno de queso amarillo. Miraba yo un desvaído póster de niños con los cubiertos en alto —una cuchara y un tenedor de plástico baratos— para mostrar la importancia de una nutrición adecuada, cuando una señora con una tablilla se puso a hablar con mamá.

—A ver, ¿cuántos años tienen *sus* hijas, señora? —preguntó.



—Siete, y la pequeña casi cinco. —Mamá bizqueó y esbozó una vaga sonrisa, pero yo me di cuenta de que la cara de la mujer estaba demasiado lejos como para que mamá, con su mala vista, la viera con claridad. La mujer anotó algo, murmurando un rápido «¿en serio?», como si mi madre hubiera dicho algo interesante.

Hablaron durante un rato, y la mujer hizo a mamá un montón de preguntas sobre nuestra prestación familiar de la seguridad social, el nivel educativo de mamá, y si vivía con nuestro padre. «¿Dónde está? ¿Dónde trabaja?», etcétera. Yo me metí las frituras de patata en la boca y las deshice en trocitos con mi único diente frontal. Aún estaban frías por dentro y sabían a cartón humedecido por el hielo del congelador.

—Entiendo. ¿Y cuándo piensa mandar a ésta al colegio? —preguntó señalándome a mí con el dedo. Yo me arrimé a mamá. La mujer de la tablilla le hablaba con la misma voz que los adultos ponían cuando se agachaban para decirme lo grande que me estaba haciendo.

—Este otoño, a la Escuela Pública 261 —contestó mamá.

—Mmm-hmm, ¿ah, sí? Gracias, señora. Buen provecho, niñas —nos deseó cuando se dirigía al siguiente progenitor.

—Mi niña se está haciendo mayor —dijo mamá, haciendo caso omiso de la intromisión de la mujer y me abrazó brevemente—. Empiezas el colegio dentro de dos meses.

Pensé en las palabras *hacerse mayor*; mayor, articulé para mí misma. Miré a los adultos que había en el comedor, buscando el aspecto que tenía alguien *mayor*, confiando en encontrar algunos indicios de qué era lo que me esperaba.

Observé cómo la mujer de la tablilla portapapeles encuestaba a otra señora, que se puso nerviosa cuando aquélla se inclinó para tomar la información. No me gustó que mamá sonriera a sus preguntas, como cuando se mostraba agradable con las antipáticas mujeres sentadas con aires de grandeza tras enormes escritorios de madera en el departamento de la seguridad social, como si estuviera mendigando. No me gustaba tener miedo de la trabajadora social de mamá ni correr por la

casa ayudando en la limpieza para las inspecciones a domicilio, ni tener que mostrarme demasiado agradecida con los malhumorados trabajadores del comedor. Me asustaba que unos desconocidos tuvieran el poder de dar o quitar tanto de aquello de lo que dependíamos.

Según las normas del comedor, la comida era sólo para los niños, pero, a petición de mamá, Lisa le pasó disimuladamente un trozo de pescado. Con cuidado de que no la vieran las señoras del almuerzo, mamá se lo embutió en la boca y me hizo mirar la habitación para asegurarse de que nadie la había visto. Observándolas a ella y a Lisa, pensé en las palabras de mamá sobre el hecho de que estuviera haciéndome mayor.

Me quedé mirando las puertas que daban a huecos de escalera, que tanto misterio entrañaron para mí en los veranos que asistí a los programas de almuerzo gratuito de la Escuela Pública 33. Significaron mucho para mí aquellos últimos años en que Lisa se iba siempre al colegio por la mañana y yo pasaba tiempo a solas con mamá. Nos despertábamos cuando nos apetecía, y mamá me sentaba en el sofá, y, si había suficiente comida, me daba la nada habitual delicia de un sándwich de mantequilla de cacahuete y gelatina. Veíamos los concursos matutinos; mamá se animaba con Bob Barker y *El precio justo*. Mi madre decía que era «uno de los pocos caballeros auténticos que quedaban», y siempre se sentaba muy cerca de la tele, mirando de reojo cuando la cara de él llenaba la pantalla, con su pelo blanco perfectamente peinado, su traje recién planchado. Juntas, jugábamos al «escaparate final», haciendo como que éramos concursantes, ganando barcos, mobiliarios nuevos de cuarto de estar y sofisticados viajes alrededor del mundo. Yo me ponía de pie y aplaudía a los participantes que habían ganado grandes premios. A veces mamá pasaba el aspirador, tarareando suavemente mientras yo me pasaba horas delante de la televisión, con el sol de la mañana llenando de luz nuestra casa. Eran los escasos momentos en que sentía que mamá me pertenecía sólo a mí.

Y algunos días papá me llevaba a la biblioteca, donde me ayudaba a elegir libros que eran ilustrados en su mayor parte.

Él escogía para sí libros voluminosos con fotografías de hombres pensativos con americana en la contracubierta que apilaba por la casa y nunca devolvía. Se pasaba la vida solicitando tarjetas de biblioteca con nombres diferentes. Algunas noches, me gustaba coger alguno de sus libros y llevármelo a mi habitación, donde trataba de leerlo como hacía papá, colocado directamente bajo la lámpara de la cabecera de la cama, buscando palabras que me sonaban de cuando mamá me leía por las noches. Pero las palabras eran muy largas y me agotaban. Así que me quedaba dormida junto al libro, oliendo las páginas amarillentas, con la tranquilizadora sensación de que compartía algo especial con mi padre.

Me preocupaba pensar que muy pronto estaría fuera por las mañanas, perdiéndome todo eso. Tenía la sensación de que algo se me escapaba entre los dedos, y de que yo era la única que veía la pérdida de aquellos momentos especiales como una mala cosa.

Me pregunté cómo sería empezar a ir al colegio, y cómo me ayudaría eso a hacerme mayor. Me pregunté qué significaba hacerse mayor, pues había diferentes tipos de adultos a mi alrededor. Aunque quería hacerlo, no me atreví a pedir a mamá que me ayudara a comprender las cosas, porque sabía que sólo conseguiría que se sintiera mal consigo misma y por la forma en que teníamos que arañar de aquí y de allá para ir tirando. Algunas cosas tendría que aprenderlas yo sola.

A finales de aquella semana, el presentador del informativo de la tarde —un hombre blanco con traje que llevaba un sombrero triangular con cintas de colores vivos que colgaban desde la punta— dijo que esa fecha, 4 de julio, era *un tiempo para celebrar nuestra independencia*. Entonces él y la mujer de pelo esponjado que estaba a su lado se despidieron agitando la mano detrás de los créditos del programa y soplando un silbato al mismo tiempo. El ruido resonó en nuestro cuarto de estar, convirtiéndose en la segunda cosa más estrepitosa junto con el ventilador de ventana que zumbaba a mis espaldas. Estaba sentada sola en el sofá, sin moverme. Mamá me había prometido,

cuando aún era de día, que iba a llevarnos al centro de la ciudad, a orillas del río, para que pudiéramos ver los fuegos artificiales con todos los demás. Yo había corrido a vestirme y había elegido mis pantalones cortos azules y mi camisa de colores —teñida con la técnica del anudado— a tono con las celebraciones. Pero me había quedado mucho tiempo en mi habitación. Para cuando salí, mamá se había ido al Bar Aqueduct sin decírselo a nadie, un sitio nuevo que había descubierto recientemente y al que iba cada día más.

Empezó a frecuentar aquel lugar el día de san Patricio de aquel pasado mes de marzo. Papá y mamá nos habían llevado al desfile espontáneamente, después de que lo viéramos anunciado en la televisión.

Bajo una fina cortina de lluvia, desde la Calle 86, a poca distancia del parque, vimos cómo hombres vestidos con falda escocesa tocaban inquietantes melodías con gaitas y tambores tan potentes que me retumbaban en el pecho y las piernas. Lisa y yo teníamos tréboles de cuatro hojas pintados en las mejillas, para atraer la buena suerte, y papá dejó que me quedara dormida en su regazo durante todo el viaje de vuelta a casa en tren.

Mamá no regresó a casa con nosotros. Justo cuando estábamos a punto de dejar Fordham Road, se encontró con un viejo amigo que se dirigía a un bar y ella decidió que nos alcanzaría más tarde. Después de todo, qué era el Día de san Patricio sin una copa, había insistido el amigo. Sin ni siquiera lavarme la pintura de la cara, coloqué una manta en el alféizar de la ventana de mi habitación para esperar a que llegara mamá. Esperé durante horas, dormitando contra la ventana, hasta que por fin llegó a casa alrededor de las tres de la madrugada, oliendo a alcohol y haciendo eses. Mamá durmió entonces como lo hacía tras una de sus largas juergas de cocaína, sin despertarse ni una sola vez durante todo el día siguiente. Después de eso, el bar se convirtió en algo habitual. Ya podíamos estar en medio de una conversación, o sentados a la mesa a la hora de cenar, daba igual, ella se marchaba en cualquier momento.

Horas después de aquella noche del 4 de julio, aún vestida con la camisa de colores y los pantalones cortos, me senté en el sofá con el mando de la televisión y me puse a ver las diferentes celebraciones que se televisaban. Me convencí de que mamá se escabullía por mi culpa, porque yo había desarrollado la costumbre de preguntarle una y otra vez si *realmente* tenía que ir al Aqueduct, y a qué hora *exactamente* pensaba volver a casa. No podía evitarlo, y con frecuencia la acompañaba hasta la puerta, agarrada de su mano mientras me era posible. Lo hacía de manera que terminaban rozándose las yemas de nuestros dedos justo antes de que saliera.

—Hasta luego, mamá, vuelve pronto, ¿vale? ¿Vale? —la regañé repetidamente, hasta que la puerta de la calle se cerró. Imaginaba que aquello era demasiado para ella. Debía de ser por eso por lo que sintió la necesidad de marcharse a hurtadillas esa noche. Ojalá no hubiera sido yo tan difícil.

Al cabo de un rato, terminó la repetición de las noticias. Me levanté y, con idea de irme a la cama, salí del cuarto de estar. En aquel momento mamá entró por la puerta.

—Adivina quién está aquí —canturreó. Oí dos chispas de mechero y pensé que estaba encendiéndose un cigarrillo. Luego oí una especie de zumbido, como un pequeño enjambre de abejas.

—¡Mamá!

—Mira lo que os he traído, cielo. Vete a buscar a tu hermana.

Mamá miraba fijamente una bengala que sostenía en la mano como si fuera una varita mágica. Luz intensísima donde las hubiera, desprendía unas chipas centelleantes y plateadas alrededor de los dedos apretados y el brazo desnudo de mamá. Sus ojos reflejaban aquella danza de lucecitas.

—¡Tà-chán! —exclamó, alzando la bengala. En ese momento, me fijé en la enorme bolsa de plástico llena de objetos pirotécnicos que llevaba colgada del otro brazo.

No fuimos a orillas del río en el centro de la ciudad, pero sí nos sentamos en la escalera de entrada de nuestra casa, rodeados de otras personas del edificio. Lanzamos todos los fue-

gos artificiales que había traído mamá. Junto con los niños del vecindario, hicimos correr buscapiés. El estallido de los petardos resonaba en nuestros oídos. Papá hizo de supervisor de seguridad para Lisa y para mí. Con una botella de vidrio que cogió de la basura y limpió con papel de periódico, papá me enseñó cómo lanzar al espacio un cohete-botella sin hacerme daño en los dedos. Mamá se sentó en la escalera y se puso a charlar con Louisa, del 1A, cuyas hijas jugaban a nuestro lado con sus propios juegos artificiales.

—Mira, Lizzy —me dijo papá con su profunda y tranquilizadora voz—. Primero tienes que introducir el palo en la botella, para que no te quemes.

Me puse en cuclillas en la acera para ayudar a papá a encender la mecha. Papá me envolvió con sus brazos, rodeando mi pequeño cuerpo, protegiéndome. Percibí su olor, a almizcle y sudor mezclado con el de las cerillas recién encendidas. Sus enormes manos ciñeron las mías mientras me mostraba cómo colocar el pequeño explosivo. Juntos nos echamos hacia atrás para verlo volar, chirriando por el aire, emitiendo resplandecientes destellos rosas en el oscuro cielo de la noche. Como Lisa y yo nos turnábamos para lanzar los cohetes, terminamos con todo el paquete en menos de media hora. Cada cohete que lanzaba centelleando en la oscuridad iba acompañado de una ronda de aplausos; luego me volvía hacia mamá, que agarraba a papá del brazo y apoyaba la cabeza en su hombro, sonriendo.

Era el verano de 1985, justo antes de empezar el colegio, y la última vez que recuerdo estar con mis padres y mi hermana juntos y felices los cuatro. Hasta ese momento, sucediera lo que sucediese en nuestra casa, sencillamente yo no tenía con qué compararlo. Ignoraba cuán diferentes éramos de otra gente. Lo único que sabía era que mamá era una verdadera madre entonces, y que mis padres, los dos, se ocupaban de nuestras necesidades. Y si había algo de lo que no se ocupaban, carecía de importancia, puesto que yo no tenía ni idea de que necesitara nada más.

El paso de aquel verano no sólo se llevó su calor, también la única familia que había conocido, y como consecuencia mi

último recuerdo claro de estabilidad. Supongo que podría decirse que hasta entonces habíamos vivido en una especie de burbuja, en un pequeño mundo formado por nosotros cuatro únicamente. Pero a mis ojos, éramos una más de las muchas familias que vivían y trataban de salir adelante en University Avenue. A veces las cosas eran difíciles, pero nos teníamos los unos a los otros y con eso lo teníamos todo.

Aquel agosto cogí la costumbre de subirme a una silla de la cocina para contar los días que pasaban en el calendario gratuito del supermercado Met Food, que estaba clavado en alto con una chincheta junto al frigorífico, algo que había aprendido observando a mi hermana mayor. Durante dos agostos, había visto a Lisa mirar de reojo una y otra vez las fechas cuidadosamente enmarcadas junto a vales de descuento para pollo de oferta y burritos congelados a noventa y nueve céntimos mientras murmuraba quejas y gruñía exageradamente a propósito del inicio del colegio. Al día siguiente yo la acompañaría por primera vez.

—Te vas a enterar de lo que es bueno —dijo, rebuscando entre su material de colegio para compartir conmigo lo que le sobrara—. Se te acabó el vaguear, no lo dudes. A partir de ahora tendrás que trabajar, como todos.

Pensé en todas las veces que Lisa había llegado a casa e ido derecha a su habitación a hacer los deberes, saliendo de ella horas después, con ojos de sueño y exhausta, y se encontraba con que yo me había pasado la tarde sentada en el regazo de mamá, viendo la tele. Al rato, y de forma rutinaria, entablaba conmigo una pelea trivial exigiendo el control de la televisión o del sofá, puesto que ella había estado trabajando mucho y yo me había pasado el día tumbada a la bartola. Su manera de ayudarme en la preparación para el colegio me parecía a mí una forma de venganza.

Lisa abrió un paquete de papel rayado muy antiguo que había sacado de su armario y lo dividió en dos.

—Vas a necesitar esto —dijo, pasándome a mí una mitad—. No lo pongas al revés o se reirán de ti. Los niños se bur-

lan de muchas cosas, ya verás. —Cogí todo el montón y con mis pequeñas manos lo introduje de una vez en la carpeta de tres anillas, como tantas veces había visto hacer a Lisa. Mamá daba vueltas por la habitación frenéticamente.

—Mañana, Lizzy. No me lo puedo creer. No hace tanto tiempo que llevabas pañales. ¡Pañales! —A juzgar por su voz, mamá parecía presa del pánico. Me preguntaba si se había dado cuenta de que estaba gritando.

Mamá acababa de pasar tiempo en la cocina con papá, colocándose. Yo sabía que ahora, con la mandíbula apretada, los labios fruncidos y los ojos desorbitados, seguiría así durante un buen rato, dando vueltas y despotricando. Llevaba toda la semana presionando a mamá para que me preparara para el colegio, pero no había quién la sacara de la cama. Afortunadamente, acababa de cobrar el cheque. Y como se había chutado, mamá había revivido completamente. Fuera cual fuese la razón, estaba contentísima de que me hiciera caso.

—Mírate, vas a empezar el colegio. No me lo puedo creer, cariño. —Mamá se encendió un cigarrillo y aspiró con tanta fuerza que la punta emitió un intenso fulgor—. Te va a encantar, Lizzy. Te irá muy bien.

Hice mío su entusiasmo. Me encantaría.

—Un momento, ¿tienes cuaderno? —preguntó con repentina y frenética preocupación.

Eran las once y media de la noche. Yo había encontrado la carpeta usada debajo de la cama de Lisa unas horas antes. Las hojas que ella me había dado, que habíamos rescatado del trastero de abajo la primavera pasada, estaban amarillentas por el tiempo.

—Sí, mamá. Aquí lo tengo. —Con gran esfuerzo sostuve en alto el grueso cuaderno para que ella lo viera, pero no miró.

—Vale, pero ¿te he dado un corte de pelo?

—¿Un corte de pelo? ¿Me hace falta?

—Sí, cariño, el día antes de empezar el colegio, todos reciben cosas nuevas, se cortan el pelo y se cepillan los dientes. Ven a sentarte en el suelo junto a la mesa de centro, iré a por



unas tijeras y me ocuparé de ti ahora mismo. Lo más probable es que no te haga falta un corte completo, sólo el flequillo. De todos modos eso es lo único que mira la gente.

Se dirigió al cajón de los trastos. Realizaba movimientos impacientes, inacabados, al igual que sus frases, que dejaba a medias.

—Lizzy, por qué... Estaría bien... Ya verás cuando... —Su actividad era frenética.

Yo oía el ruido metálico de los cacharros mientras mi madre revolvía entre ellos. Lisa se había ido a la cama, diciendo que tenía que dormir para levantarse pronto y me advirtió de que, si sabía lo que me convenía, debería hacer otro tanto.

Había algo en la forma de moverse de mamá que me estaba poniendo nerviosa. ¿Acaso sabía cortar el pelo? ¿Y qué decir de su mala visión? En absoluto quería que mi pelo se pareciera al suyo, largo y ondulado, pero también crespo y alborotado. La idea me llenó de preocupación.

—¡Aquí están! —gritó, sosteniendo un par de tijeras oxidadas. Papá aún estaba en la cocina; le oía moverse inquieto y hablar entre dientes. Así que no me quedaba otra que seguir el rollo, y eso hice.

Tenía que permanecer totalmente quieta, mientras mamá me sujetaba la barbilla con las puntas de los dedos e iba haciendo los cortes; de otro modo, interferiría en su concentración. Mamá me dijo que cerrara los ojos para evitar que me entrara en ellos algún pelo. Yo sostenía una hoja de papel bajo mi barbilla para recoger lo que cayera. Nunca había tenido flequillo, pero mamá no parecía darse cuenta. Sencillamente cogía matas de mi pelo más largo y realizaba los cortes necesarios. El pánico me entró de verdad cuando sentí el frío metal de las tijeras deslizarse a lo largo de mi frente, a unos escasos centímetros de las cejas.

—Mamá, ¿no crees que así es demasiado corto? —pregunté.

—Cariño, está bien, sólo tengo que igualarlo. Casi lo había conseguido; volveré a intentarlo. Ya casi está. Tú... estate... quieta.

En el suelo, a mi alrededor, mi pelo caía en trozos dispersos. Impaciente, mamá dio un taconazo en el suelo. De vez en cuando, murmuraba una palabrota.

—¡Mierda!

El corazón se me aceleró, pero procuré no menearme para no desconcentrarla.

Trocito a trocito, mamá me trasquiló el flequillo hasta dejarlo tan corto que sólo quedó un borde cortado al rape, tan podado que algunos trozos salían de la cabeza en punta. Cuando dejó las tijeras encima de la mesa de centro, me toqué la frente, frotándome desesperadamente, buscándome el pelo, pellizcando aquellos cortos rastros con incredulidad. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Mamaaá —lloriqueé—. Me lo has cortado mucho, mamá. ¿No está demasiado corto?

Pero ella ya estaba poniéndose los zapatos para marcharse al bar. Por la expresión de su cara, supe que el cuélgue se le había pasado. Ahora lo que necesitaba era el alcohol, para calmarse. Mi madre estaba otra vez fuera de mi alcance.

—Lo sé, cariño; ya crecerá. Sólo tenía que igualártelo. Esas malditas tijeras no son buenas para cortar el pelo. Tuve que arreglarlo varias veces.

Lisa había dicho que los niños se burlaban de muchas cosas. Al imaginar lo que pensarían los chavales del colegio cuando me vieran, me eché a llorar quedamente. Mamá me agarró de la mano y me llevó por el pasillo hasta el cuarto de baño, que estaba justo al lado de la puerta de la calle. Se puso detrás de mí, ambas de cara al espejo. Ya tenía la chaqueta puesta. De repente, apoyó la barbilla en mi hombro y me acarició la frente con los dedos.

—No es más que pelo, cariño, ya crecerá. Cuando yo era pequeña, mi hermana Lori se lo cortó a mi muñeca preferida. Me enfadé muchísimo. Ella me dijo que volvería a crecerle y yo la *creí*. ¿Te imaginas?

Me enjuagué las lágrimas de las mejillas y nos observé a las dos juntas en el espejo. Mamá era incapaz de fijar la mirada en ninguna parte, y en sus manos, apoyadas en mis hombros,

tenía manchas de sangre. Algunos pedacitos de pelo se le habían pegado en los dedos.

—Al menos el tuyo crece, Lizzy. Está bien. Ya verás lo divertido que es el colegio.

Dicho eso, vi que me plantaba un beso en la cabeza, y salió por la puerta. Alcancé a oír cómo bajaba rápidamente los desgastados escalones de mármol. Se había marchado.

